

OPINIÓN

LA GUERRA DEL GOLFO PÉRSICO Y EL SISTEMA INTERNACIONAL

Emilio Meneses*

El siguiente artículo analiza el desarrollo del conflicto del Golfo Pérsico desde un punto de vista político-estratégico y plantea algunas reflexiones sobre sus posibles implicancias para el sistema internacional.

De acuerdo al autor, si bien la guerra del Golfo reafirmó el poder de la ONU y de las potencias occidentales en el sistema internacional, también habría puesto de manifiesto dos importantes tendencias globales de especial relevancia para efectos de los cálculos estratégicos norteamericanos y de la OTAN: por una parte, una disminución de las diferencias entre las grandes potencias y las regionales en términos de posibilidades militares y, por otra, el creciente costo de ejercer funciones de vigilancia o intentar reducir por la fuerza a transgresores, de cierto tamaño, del orden internacional.

Introducción

El segundo conflicto del Golfo Pérsico ha estallado en el preciso instante que se esperaba una larga era de paz, como consecuencia del fin de

*Master en Ciencia Política, Georgetown University; Doctor en Relaciones Internacionales, Oxford University. Profesor de Relaciones Internacionales y Estudios Estratégicos de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Autor de numerosas publicaciones, entre ellas *El factor naval en las relaciones entre Chile y los Estados Unidos* (1989).

la Guerra Fría. Desde los años treinta que ninguna potencia intentaba abiertamente anexionar a un país independiente. Por primera vez desde 1950 Naciones Unidas encontró a las principales potencias en una postura común frente a la agresión. Estados Unidos asumió desde un comienzo el liderazgo para la liberación de Kuwait. Durante cinco meses y medio la coalición occidental-árabe intentó persuadir a Irak de que abandonara su presa; juntó voluntades para ejercer todo tipo de presiones, buscó la neutralidad de los ex aliados de Irak, organizó un bloqueo económico, se preparó para una acción militar y la realizó cuando aparentemente no quedaba otra salida.

El caso de Saddam Hussein se inscribe dentro del tipo de líder carismático -abundante en el siglo XX- empeñado en una tarea de construcción nacional que se delinea en torno a la organización de un régimen totalitario, basado en el culto a la personalidad y que intenta erigir un imperio mediante el uso de la fuerza. Por las características del sistema político que edifica y por el tipo de ambiente cortesano que le rodea, no hay contrapesos a su visión voluntariosa del futuro, existiendo pocas posibilidades para que asimile las lecciones sufridas por otros tiranos de su mismo perfil en el pasado reciente.¹

En este estudio se intentará analizar la respuesta del sistema internacional y de las grandes potencias frente a la invasión de Irak a Kuwait, y evaluar, desde una perspectiva político-estratégica, el comportamiento de los distintos actores en el desarrollo del conflicto y sus posibles consecuencias para el sistema internacional.

Paz, guerra y justicia

El conflicto del Golfo, en esencia, contiene todos los ingredientes típicos para un desenlace militar. Esto es, dos partes en posiciones irreconciliables, interpretaciones contrapuestas sobre lo que es legítimo, el creer que las alternativas pacíficas se agotaron, confiar en que la ecuación de fuerzas les es favorable, suponer que los costos de emplear o resistir el uso de la fuerza serán inferiores a tener que ceder, etc. En resumen, las guerras estallan porque, habiendo desacuerdo sobre el estado de las relaciones mutuas, las partes tienen ideas contradictorias sobre la efectiva posición negociadora de cada una.²

¹Véase Henry Kissinger "Domestic Structure and Foreign Policy", James Rosenau (Ed.), *International Politics and Foreign Policy* (New York: The Free Press, 1969), pp. 216-275.

²Geoffrey Blainey, *The Causes of War* (London: Macmillan, 1973).

Lo novedoso del conflicto del Golfo estriba en su impacto internacional. Por una parte su desenlace fue presenciado en vivo por una audiencia mundial numerosa y directamente afectada. Por otra, constituye el primer conflicto de la era postbipolar, en el cual no sólo se está afirmando un modelo de legitimidad internacional, sino también la estructura de liderazgo del mismo.

El rechazo a la guerra es entendible entre quienes, sin comprender la realidad internacional, ven afectados sus valores y sienten violentadas sus conciencias al presenciar destrucción y sufrimientos aparentemente inútiles. Por ello es necesario clarificar ciertos aspectos de este conflicto en particular, y de la guerra en general, que han sido aludidos en el último tiempo.

El primero, y posiblemente el más complejo, es la afirmación de que "la guerra no es racional". Ciertamente es así desde una perspectiva individual o económica. En los conflictos armados mueren o se mutilan personas y la riqueza de las naciones es dilapidada. Pero las guerras se luchan con fines políticos, los cuales siguen otro tipo de racionalidad. Las potencias que agreden a otras lo hacen para aumentar o preservar su poder, y las que se defienden reaccionan con las mismas motivaciones. Las naciones recurren a la fuerza porque no hay una autoridad superior que dirima sus diferencias, ni que las obligue a acatar decisiones judiciales. Mientras el hombre sea un "animal político" y se organice en torno a estados-naciones soberanos, la guerra será posible.

El segundo comentario es que la violencia internacional "es condenable venga de donde venga". La paz pasa a ser entonces, para algunos, un valor absoluto. Más aún, declararse partidario de la paz ha llegado a ser en estos días un recurso retórico, que no pocos emplean como arma arrojadiza. Sin embargo, hay formas y razones legítimas del empleo de la fuerza. La crisis del Golfo es precisamente uno de estos casos. Saddam Hussein debía ser detenido y obligado a devolver su presa, porque de lo contrario el costo en el futuro habría sido mucho mayor.³ Aquel que rechaza el empleo de la fuerza, sin enfrentar las consecuencias, hace como ese jardinero que creyó que porque ignoraba las malezas del jardín, ellas dejarían de invadir el rosal.

Tercero, se ha puesto en un mismo nivel de legitimidad a las posturas de la Coalición y de Irak. Las razones para ir a esta guerra y la forma de

³Es interesante recordar la reflexión de Henry Kissinger, en sus memorias, referente a que habría sido preferible continuar hoy con un agudo debate sobre si Hitler fue un imperialista sangriento o un nacionalista incomprendido, luego que Francia hubiese detenido por la fuerza su invasión en la Renania. Como nadie lo hizo a tiempo, se debió lamentar una guerra mundial al costo de cincuenta millones de vidas.

enfrentarla dejan en posiciones sustancialmente distintas a ambos bandos. Concordamos con un prelado católico en que "la guerra santa" no es posible, puesto que Dios nunca la ha apoyado, pero sí existe la guerra justa. En este caso la Coalición encabezada por los Estados Unidos está precisamente en esa situación. Cumple los requisitos del *Ius ad bellum* (justicia de ir a la guerra), esto es, autoridad competente, causa justa y recta intención. También, dentro de los límites que les fue humanamente posible, sólo ellos se ajustaron al *Ius in bello* (justicia en la acción), que comprende medios apropiados a los fines, proporcionados y discriminantes. En lo que respecta a Irak, fue a una guerra por una causa injusta y la luchó de una forma también injusta.

El sistema internacional de postguerra fría

La crisis del Golfo estalla precisamente cuando se pensaba que el mundo estaba ingresando a una prolongada época de paz y estabilidad internacional. La Guerra Fría había terminado: la mayor eficiencia económica de Estados Unidos y sus aliados había dejado exhausto al bloque socialista, a lo que habría que sumar la resuelta voluntad occidental bajo el liderazgo de Reagan, Thatcher y Mitterrand, de no perder terreno en la carrera armamentista. Por seis años consecutivos la OTAN creció militarmente a un tres por ciento real. Esto probó ser demasiado para el Pacto de Varsovia.

El sistema bipolar de poder mundial estaba dando paso a una nueva era, producto del desmoronamiento del bloque soviético. Por primera vez en el sistema internacional moderno desde la Paz de Westfalia (1648), la estructura de dominación se transformó sin que mediara una guerra hegemónica.⁴ A diferencia de la Francia napoleónica y de la Alemania guillermina e hitleriana, la Rusia soviética abandonó su empeño de cambiar la estructura de poder internacional sin disparar un arma. Con el fin de la Guerra Fría Estados Unidos quedó como la única superpotencia, a la cabeza de una alianza que decidió no disolverse (por el contrario, creció territorialmente), y en la cual participa la mayoría de las naciones industrializadas del globo.

Muchas veces cambios profundos en la estructura del sistema internacional no son advertidos con rapidez por las pequeñas potencias. Sus intereses locales, la falta de una visión global y la carencia de servicios

⁴Véase Robert Gilpin, "Hegemonic War and International Change", *War and Change in World Politics* (Cambridge: Cambridge University Press, 1981), pp. 186-210.

exteriores con la debida perspicacia y capacidad de análisis hacen que este tipo de Estados sean lentos en adaptarse a cambios rápidos y profundos. Este parece haber sido el caso en el Medio Oriente. Los antiguos clientes de Moscú -Irak, Siria, la OLP- continuaron comportándose como si la bipolaridad siguiera existiendo. En verdad no se percataron de que sus márgenes de maniobra en el juego de hacer competir a las grandes potencias en torno a sus disputas y ambiciones locales se habían reducido apreciablemente.

Desafío, crisis y negociaciones

Irak emergió como la principal potencia militar en Medio Oriente al término de su larga guerra con Irán. Con la aceptación iraní de la Resolución 598 de las Naciones Unidas, ambas partes acordaron el cese del fuego en agosto de 1988, que implicaba el reconocimiento tácito de la derrota iraní. El liderazgo iraquí extrajo un sinnúmero de lecciones del conflicto, que en los meses venideros serían evaluados por analistas político-estratégicos. Entre los aspectos más relevantes de la conducción de esa guerra quedó en evidencia que los conflictos no son fáciles de mantener limitados, que la victoria requiere de alta moral y fervor en las tropas, que el bombardeo estratégico produce dividendos, que la escalada puede ser racional y que la timidez puede ser tan peligrosa como la temeridad. Otra importante conclusión fue que el fin del conflicto traería un período de relativa paz, pero que "sus lecciones e implicancias no harían del Medio Oriente un lugar más seguro".⁵

La invasión de Kuwait del 2 de agosto tomó por sorpresa al mundo y, tal como en el caso de las Falklands/Malvinas, no hubo tiempo para una maniobra preventiva de parte de las potencias occidentales. La operación tuvo lugar en pleno verano boreal, en condiciones que hubiera sido extremadamente difícil prevenir y resistir la avalancha de una fuerza -que se suponía- superior a los 300 mil efectivos y dotada de moderno armamento. La reacción internacional fue casi inmediata; al día siguiente los Estados Unidos y la Unión Soviética, en una acción sin precedentes, emitieron una declaración conjunta condenando la invasión de Kuwait. En menos de cinco días una gran cantidad de países congelaron los fondos de Irak y declararon embargo sobre su petróleo; Estados Unidos y Gran Bretaña anunciaron el envío de tropas a Arabia Saudita, a pedido de esta última.

⁵Efraim Karsh, "Lessons of the Iran-Irak War", *Orbis*, 1989, vol. 33 (2): 209-223.

De ahí en adelante la estrategia de Estados Unidos se centró en conformar una alianza árabe-occidental orientada a obligar a Irak a retirarse de Kuwait ya fuera por la intimidación o por la fuerza militar. Los riesgos políticos de esta estrategia eran considerables: a Saddam le bastaba continuar donde estaba y reforzar sus defensas; para el Presidente Bush el problema se resolvía en varios frentes: con la URSS, en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, entre los países árabes, al interior de la OTAN, frente a la opinión pública mundial y la de su propio país. El desafío de fondo se resumió en su discurso al Congreso norteamericano del 11 de septiembre, indicando que esta invasión daba la oportunidad para que se cumpliera un objetivo adicional de la política estadounidense, esto es, un nuevo orden mundial -bajo el liderazgo occidental-, en donde efectivamente se respetara el derecho internacional.⁶

La decisión estadounidense de hacer retroceder a Irak, por el medio que fuere, no fue tomada en serio por Saddam Hussein y los escasos países que le apoyaron. Había motivo para ello. Bush debió vencer primero amplia resistencia interna y entre sus aliados para enviar el primer contingente de tropas. La cadena de resoluciones del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas contra Irak resultó aparentemente más fácil, pero no estuvo exenta de arduas negociaciones, y obedeció a una política expresa de Washington de colocar el asunto dentro del marco de este foro, evitando llevarlo a la Asamblea General, donde se podía perder el control.⁷ En esto, el liderazgo iraquí cometió el primer error de juicio importante: la URSS y China no se opusieron a una eventual "acción policial" por parte del Consejo de Seguridad.

Las demostraciones de resolución política y de apresto bélico no fueron suficientes para impresionar a Irak. Estados Unidos inició una nueva ronda de medidas en noviembre, movilizando 200 mil efectivos adicionales, enviando a su Secretario de Estado a la Unión Soviética y Europa a obtener mayor apoyo a fin de evitar una solución parcial al problema y, a fines de mes, obtuvo del Consejo de Seguridad una resolución (Nº 678) que fijó como plazo límite para el retiro iraquí el 15 de enero de 1991. Pasada esta fecha, los miembros de la ONU estaban autorizados para emplear todo tipo de

⁶Edward Mortimer, 1991. "Nuevo Orden Mundial: Realidad vs. Retórica", *El Mercurio*, 20 enero, p. D15.

⁷Las grandes potencias prefieren el Consejo de Seguridad para debatir sus principales problemas por razones obvias: cuentan con el poder de veto si los asuntos toman un giro inesperado; por ser un grupo más pequeño resulta más fácil llegar a acuerdos y sus resoluciones son más efectivas.

medios, esto es, la fuerza si era necesario. Ese mismo mes, en París, se firmó el Tratado de Armas Convencionales en Europa (CFE), un triunfo político para la alianza atlántica. El Pacto de Varsovia se comprometió a reducir significativamente sus fuerzas de tierra y aire, eliminando su superioridad numérica (47 por ciento de reducción en tanques, 36 por ciento en blindados, 25 por ciento artillería y 29 por ciento aviación y helicópteros).⁸ El camino quedaba aún más despejado. El mes de diciembre transcurrió en un lento compás de espera, mientras ambos bandos realizaban gestos de buena voluntad, a tiempo que reforzaban sus medios militares.

La cercanía del plazo final agudizó las gestiones diplomáticas a inicios de enero, mientras continuaron las medidas estratégicas. El 2 de enero la OTAN autorizó desplazar aviones a Turquía para resguardar la integridad de aquel país. El día 8, junto con anunciarse una próxima reunión entre los ministros de Relaciones Exteriores de EE.UU. e Irak, el Presidente Bush solicitó del Congreso la confirmación para apoyar "el uso de todos los medios necesarios para ejecutar la Resolución 678" de la ONU. Al día siguiente, al término de su reunión con Tarik Aziz, James Baker anunció el fracaso de las tratativas. El 12 de enero el Congreso aprobó la resolución del empleo de la fuerza para expulsar a Irak de Kuwait, saliendo ese mismo día el personal diplomático norteamericano de Bagdad. Los gobiernos de Italia, Francia y Gran Bretaña para esta fecha habían obtenido autorización de sus parlamentos para iniciar hostilidades. Al día siguiente el Secretario General de la ONU, Pérez de Cuéllar, de visita en Irak, informó que no fue posible persuadir a Hussein de retirar las tropas para el día 15. Una última gestión de Francia, el 14 de enero, fracasó -no sin la crítica estadounidense-, llevando a su gobierno al día siguiente a manifestar que había llegado la hora de emplear otros medios.

Recurso de la fuerza

La decisión de pasar a la acción fue precedida de un tiempo razonable para dar la última oportunidad, acallando de paso cualquier posible argumento sobre exceso de celo en el empleo de las armas. El ataque aéreo iniciado el 17 de enero por las fuerzas de Estados Unidos, Arabia Saudita, Gran Bretaña, Francia, Italia y Kuwait comenzó casi un día después del plazo final. Las necesidades políticas y militares demandaron cuidadosa coor-

⁸Brigitte Saurwein "CFE: the Story So Far", *International Defense Review*, (1991), vol. 24(1): 34-37.

dinación desde un comienzo; ese día habría luna nueva, que permitiría, a contar de esa fecha, un mínimo de luminosidad para los visores nocturnos optrónicos de la aviación y de los puestos de vigía en tierra. El factor sorpresa fue importante, pero más decisivo era dar golpes contundentes desde un comienzo. La segunda noche el ataque fue devastador; participaron prácticamente todos los medios aéreos de las fuerzas coaligadas y se lanzaron más de 100 misiles de crucero desde las naves.⁹ Dos hechos destacaron en las horas iniciales: primero, a pesar de todo, gran cantidad de gobernantes y comentaristas quedaron con la sensación de que no se habían explorado todas las alternativas para sacar a Irak por medios pacíficos del país ocupado. Segundo, el temprano dominio del aire y la espectacularidad de los logros de las primeras horas crearon la falsa impresión de que la guerra aérea duraría pocos días.

Tras la expectación de las primeras horas, y a pesar del estricto control de prensa, pareció evidente que la acción punitiva no produciría resultados inmediatos o que requeriría ser complementada con una posterior operación terrestre o anfibia. El silencio iraquí sugirió que su estrategia preferida sería rehuir la lucha en el aire, soportar el bombardeo y esperar un ataque terrestre que causaría enormes pérdidas a los aliados, generando una corriente de opinión mundial contraria al conflicto. El factor "israelí" comenzó a operar la noche siguiente al ataque, cuando misiles Scud iraquíes impactaron Tel Aviv y otros lugares en ese país. Estados Unidos reaccionó prontamente dando garantías al gobierno de Shamir de que las fuerzas aliadas pondrían fin al ataque, bombardeando los sitios de lanzamiento y enviando prontamente varias baterías de misiles antimisiles Patriot. El evidente objetivo iraquí de involucrar a Israel y separar el elemento árabe de la Coalición estuvo cerca de lograrse en varias oportunidades. Pero los bombardeos con misiles de mediano alcance en ningún momento superaron la decena por noche y se limitaron estrictamente a ciertas horas de máxima oscuridad. Los aliados, en particular Estados Unidos, debieron desviar hasta cerca de un 15 por ciento de sus misiones de ataque para destruir sitios de lanzamiento, muy en contra de la voluntad de sus altos jefes militares, que deseaban concentrar todos sus esfuerzos sobre los blancos previamente asignados. El gobierno estadounidense debió hacer el doble esfuerzo de anular la acción iraquí mientras persuadía a los israelitas de que mantuvieran su neutralidad y se defendieran en su propio territorio.

La primera fase de las operaciones implicó el empleo de un sinnúmero de bases y corredores de aproximación que afectaron derechos de tránsito

⁹ *El País*, Madrid 21 de enero, 1991 (edición internacional), pp. 2-5.

sobre los espacios aéreos y empleo de bases de varios aliados y coaligados, entre ellos Gran Bretaña, Francia, España, Italia, Grecia, Turquía, Siria, Arabia Saudita, Egipto, los Emiratos Árabes, y también países neutrales, entre los que destaca la autorización de empleo de aeropuertos de la India. Los bombarderos B-52 realizaron sus incursiones desde bases tan lejanas como Morón, en España, y la isla Diego García, en medio del Océano Indico. Casi un 33 por ciento de las operaciones las efectuaron aviones lanzados desde portaaviones estacionados en el Mar Mediterráneo (*Saratoga* y *Kennedy*), el Mar Rojo y el Golfo Pérsico (*Midway*, *Roosevelt*, *America* y *Ranger*). A contar del 20 de enero aviones estadounidenses comenzaron a emplear la base turca de Incirlik, abriendo otro frente de combate.

Aparte del gran esfuerzo de planificación -que tomó varios meses antes del ataque- el conflicto exigió una enorme capacidad de coordinación y flexibilidad en la conducción de las operaciones. Aviones de alerta temprana (AWACS) se mantuvieron sobrevolando y recolectando información de *tiempo real* durante todo el conflicto, la que, tal como la proveniente de satélites espías, alimentaron las salas de situación del cuartel general, así como de los comandos de cada servicio armado.

A la Coalición, y a Estados Unidos en particular, le era políticamente valioso actuar coordinadamente y con el máximo de participantes en la acción militar, en particular con los países árabes y otros del Tercer Mundo. Coordinar las diferentes fuerzas de los aliados -algunas de dimensiones o capacidades muy reducidas- tampoco fue tarea fácil, especialmente si se toman en consideración las disparidades en procedimientos, en armamentos y en estructura de comando.

La sujeción a un mando común también fue problemática, si bien británicos y sauditas estaban dispuestos a seguir, sin mayor inconveniente, las órdenes de un general estadounidense; los franceses y sirios parecían bastante menos dispuestos. Aparte de esto, los países más involucrados debieron persuadir gentilmente y dar facilidades para que otros coaligados lo hicieran hasta donde les era posible, sin forzarlos indebidamente. Por ejemplo, la negativa de Alemania a actuar fuera del límite geográfico de la OTAN produjo momentos de tensión y situaciones embarazosas. El Primer Ministro turco Ozal llegó a comentar que el pueblo alemán había perdido la valentía, cuando éste se negó a aportar más medios para la defensa de Turquía.¹⁰ Finalmente la Coalición quedó satisfecha con que ella facilitara unos pocos aviones (18 en total) para proteger Turquía, junto a aeronaves ofrecidas por Bélgica y Holanda.

¹⁰ *Newsweek*, 4 de febrero 1991, pp. 38-39.

Del mismo modo, cada miembro de la Coalición colaboró de acuerdo a sus medios, intereses y posibilidades políticas. Así, Gran Bretaña y Francia mandaron tropas (44 mil), aviones y naves de guerra; Italia comprometió aviones y buques; Egipto, 38 mil soldados; España facilitó bases y aportó escoltas navales; Siria y Pakistán tropas (32 mil), sólo para defender Arabia Saudita; Argentina, Australia, Canadá y Grecia enviaron escoltas navales, etc. Un caso notable es el de Checoslovaquia, ex miembro del Pacto de Varsovia, que envió un batallón de expertos en guerra antiquímica. A cada aporte la coalición buscó darle su mejor y más significativo empleo, tanto militar como político; lo importante consistió en juntar el máximo de banderas en contra del país transgresor.

Las maniobras de Irak para romper la Coalición y dar tratamiento diferenciado a sus miembros no se interrumpieron mientras duró la fase aérea de la guerra. Sólo Israel y más tarde Arabia fueron atacados con misiles Scud; otros países susceptibles de ser blancos, como Siria, Egipto y Turquía, fueron exceptuados de manera conspicua. La decisión de Turquía de autorizar incursiones estadounidenses desde su territorio fue oficialmente recibida por Bagdad como una noticia que "no era posible de creer", y se confiaba que Ankara no cometiera tal acción. Ante el devastador daño de la acción aérea, el gobierno iraquí reaccionó el 7 de febrero rompiendo con EE.UU., Gran Bretaña, Francia e Italia -autores materiales de los ataques- y también con los dos aliados árabes más decididos, Arabia y Egipto. Otros países árabes con tropas en Arabia y naciones occidentales con fuerzas navales y aéreas desplegadas, sin participar activamente, fueron exceptuados de esta medida.¹¹ Ninguna de estas acciones iraquíes en el frente diplomático dio los frutos esperados; la Coalición continuó sólida en todo momento. Las naciones poderosas que pudieron tener motivo para ayudarles -la URSS y China- se mantuvieron prudentemente alejadas y las que estuvieron dispuestas a darle algún apoyo -Cuba y Yemen- eran demasiado débiles y aisladas como para hacer algo significativo.

La operación terrestre

Así como la inminencia del ataque aéreo había traído en enero un conjunto de iniciativas de paz, los preparativos para el combate terrestre fueron acompañados de denodados esfuerzos de algunos no combatientes

¹¹ "Baghdad Cuts Diplomatic Ties to the West", *The Wall Street Journal*, 1 febrero 1991.

-esta vez la URSS- para inducir una retirada iraquí de los territorios ocupados. Como en la ocasión anterior, el gobierno de Bush se vio presionado, entre el 15 y el 23 de febrero, a escuchar las ofertas que Moscú lograba extraer del aparentemente hermético liderazgo iraquí. A medida que el tiempo transcurría, los efectos del constante bombardeo empezaron a ser más notorios y a mediados del mes pocos analistas dudaban de la victoria aliada en una eventual batalla de superficie. A pesar de lo anterior, el mando militar estadounidense no se mostró muy deseoso de iniciar las operaciones con prontitud, puesto que aún faltaban algunos ajustes y las últimas tropas arribadas al frente no estaban totalmente familiarizadas con las condiciones del teatro de combate.

Despejadas las dudas militares, quedaba por dilucidar si era posible una retirada de Saddam de último minuto. El día jueves 21 Hussein dio claras señales tácticas de que se preparaba para resistir una acción terrestre. La respuesta iraquí a la propuesta rusa del día siguiente demandaba plazos de retirada inaceptables para Bush. A los ojos de Washington, Bagdad estaba "arrastrando los pies". La contrapropuesta estadounidense fue tajante y definitiva: la retirada debería iniciarse al mediodía del 23 y por un máximo de diez días. En ese mismo momento Irak comenzó a incendiar los pozos petrolíferos de Kuwait, proceso que continuó durante todo el 23, mientras arreciaban los ataques aéreos aliados -esta vez diurnos- sobre Bagdad y las trincheras en Kuwait. La suerte estaba echada. El 24 a las 4.00 horas, más de medio millón de soldados de una veintena de países iniciaba la más grande ofensiva convencional desde la Segunda Guerra Mundial.¹²

La fase terrestre sorprendió al mundo por la velocidad de las operaciones y la facilidad con que se rindieron o eran derrotadas las fuerzas iraquíes. En cien horas, las fuerzas atacantes liberaron Kuwait y ocuparon un 20 por ciento del territorio de Irak, arrinconaron y derrotaron a la Guardia Republicana de Hussein, tomaron más de 100 mil prisioneros y causaron un gran número de bajas al adversario, sin sufrir casi pérdidas en vidas y equipo.¹³ Las operaciones preparatorias al asalto incluyeron ataques fingidos en la costa y exigieron trasladar cientos de miles de tropas al interior de Arabia para atacar por el flanco de Irak, en una operación más tarde memorable. Todo esto fue posible gracias a la exitosa guerra electrónica ejercida por los

¹² *El País*, Madrid, 25 de febrero 1991, pp. 6-7.

¹³ Se esperaba que las bajas propias serían cercanas a las 5.000 y las operaciones tardarían al menos diez días, de acuerdo a evaluaciones de última hora del comando del general Schwartzkopf, *Newsweek*, 18 marzo 1991, pp. 22-23.

coaligados, que dejó a ciegas e incomunicadas desde un comienzo a las fuerzas iraquíes de sus mandos superiores. Los intensos bombardeos previos a la fase terrestre condenaron a las tropas de Hussein a la inmovilidad, "dejaron de actuar como un ejército nacional" y las obligaron a adoptar posiciones tácticas de autodefensa, destruyendo gran cantidad de sus blindados y artillería.¹⁴ Un recuento inicial de las pérdidas militares sufridas por Irak en la guerra indica que perdió el 55 por ciento de sus tanques, el 61 por ciento de la artillería y el 49 por ciento de su aviación militar. Posteriores análisis demostrarán, con seguridad, que las pérdidas materiales efectivas -por falta de repuestos, daños colaterales y abandono- han sido mucho mayores.¹⁵

Entre los hallazgos realizados inmediatamente terminada la guerra fue que la alta capacidad de recolección de información de la Coalición no derivó siempre en evaluaciones acertadas de inteligencia. Los planificadores estadounidenses estimaron que los iraquíes habían movilizado 540 mil efectivos al teatro de la guerra, siendo la mitad de ellos localizados en Kuwait. Después del combate las cifras indicaron un máximo de 250 mil soldados en total, de los cuales 100 mil nunca ingresaron al territorio invadido. Las estimaciones del Instituto Internacional de Estudios Estratégicos de Londres señalaban que Irak poseía alrededor de 36 lanzadores de misiles Scud, pero en realidad tenía más de 200. La inteligencia aliada estimó que gran cantidad de armas químicas habían sido enviadas a Kuwait. Ninguna de esas supuestas armas fue encontrada posteriormente. Estos errores hacen suponer que la inteligencia respecto de la Unión Soviética debería ser extensivamente revisada.¹⁶

La opción de ocupar Bagdad y hacer caer a Hussein no estaba en los planes de Bush; las operaciones fueron suspendidas al momento de alcanzarse los objetivos preestablecidos, esto es, liberar a Kuwait y destruir el grueso de la máquina militar iraquí. Las alternativas políticas a Hussein parecieron desde un comienzo más peligrosas para la estabilidad de largo plazo en el Golfo; un Irak dividido o dirigido por un líder chiíta no aparecía compatible con los intereses de los coaligados. El dictador iraquí bien podía permanecer en el poder si era capaz de sostenerse con sus propias fuerzas. Árabes sauditas y sirios parecen haber compartido esta apreciación de Bush y de los otros países occidentales; la larga sombra del Irán fundamentalista aún pende sobre la región.

¹⁴"The Air War: How Targets are Chosen", *Time International*, 25 febrero 1991, p. 16.

¹⁵*Time International*, 11 marzo 1991, pp. 29-30.

¹⁶*Newsweek*, 18 marzo 1991, p. 23.

Consecuencias político-estratégicas

El fin de la Guerra Fría acarrió un gran número de eventos políticos y estratégicos en el centro del sistema internacional, varios de ellos no esperados, o al menos no tan precipitados. La caída de la Cortina de Hierro y la unificación alemana alteraron substancialmente el equilibrio político en Europa Central. Los países del Este volvieron a reintegrarse moral y culturalmente con Occidente, haciendo que sus problemas y aspiraciones formaran parte de una agenda internacional compartida. La Unión Soviética, habiendo perdido su condición de superpotencia, redujo de inmediato el alcance de sus intereses y aspiraciones mundiales. Nada de esto pareció evidente o relevante a los objetivos que había trazado Saddam Hussein para Iraq en el Oriente Medio. Se habían acabado los efectos del equilibrio bipolar en la Fértil Creciente; el bando revisionista y antioccidental se quedó sin su fuente de apoyo externo. Mientras el resto del mundo aceptaba el inicio de una nueva era -*la Pax Americana*-, el gobierno de Bagdad iniciaba acciones totalmente incompatibles con la nueva realidad de poder y hegemonía globales.

Las decisiones arriesgadas tomadas por pequeñas potencias están casi siempre enmarcadas por actos de desesperación o por condiciones de limitada información sobre la situación internacional. Los países pequeños carecen de adecuados y sofisticados sistemas de recolección de información; sus servicios exteriores son limitados en el número de especialistas y en la preparación técnica de sus diplomáticos.¹⁷ Tal como Galtieri, en el conflicto del Atlántico Sur, Hussein sacó conclusiones erradas de sus conversaciones con los representantes del gobierno estadounidense. La insinuación -no autorizada- de la entonces embajadora en Bagdad de que la disputa con Kuwait era un asunto "interárabe" pareció suficientemente obvia para el líder iraquí. A su juicio, le estaban dando la clave del sentir de Washington: la anexión de Kuwait no acarrearía reacción alguna, menos aún de un gobernante considerado poco carismático como George Bush.

La reacción estadounidense resultó sorpresiva para muchos líderes en el Medio Oriente y también en algunos círculos occidentales. Sólo el gobierno británico dio su apoyo inmediato a la decisión de Washington de enviar naves y tropas. La "Relación Especial" entró a operar como un reflejo

¹⁷María Papadakis y Harvey Starr, "Opportunity, Willingness and Small States: the Relationship Between Environment and Foreign Policy", en C. Hermann, C. Kegley y J. Rosenau (eds.) *New Directions in the Study of Foreign Policy* (Alien & Unwin: Boston, 1987), pp. 409-432.

condicionado. El viejo entendimiento anglosajón se puso en acción, no sin la mirada sospechosa de algunos líderes europeos. El sistema de potencias dominantes cobraba su derecho a hacer valer las normas legales que ellas mismas habían ayudado a crear en el curso acumulado de tres grandes guerras hegemónicas globales a lo largo de dos siglos. Un valor central del sistema internacional de Estados estaba en peligro, esto es, la anexión impune de un Estado por otro más poderoso.

Simultáneamente a la crisis, para sorpresa de muchos miembros del Tercer Mundo, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas comenzó a operar tal cual éste fue diseñado por los vencedores de la Segunda Guerra Mundial. Resolución tras resolución -todas condenatorias para Irak- fue pasada por las potencias occidentales sin el veto de los gigantes socialistas. Se daba la coincidencia de que el derecho internacional se haría respetar aun con el apoyo de la fuerza, en el preciso momento que la disputa por la hegemonía mundial tocaba a su fin. Las potencias occidentales harían valer estos principios no sólo porque eran esenciales para la preservación del sistema, sino también porque sus intereses políticos y económicos estaban en peligro con la anexión de Kuwait.

Construir una coalición en estas condiciones de gran fluidez se presentó como un ejercicio de destreza diplomática y efectividad militar. Sin contar con un apoyo interno decisivo, el Presidente Bush ordenó la movilización inicial de fuerzas al Golfo. A las pocas semanas la opinión pública y el Congreso apoyaban esta decisión, que inicialmente había sido considerada como exagerada. Mientras Hussein concentraba más fuerzas y decretaba la anexión del territorio ocupado, EE.UU. lanzaba una ofensiva diplomática para incorporar el máximo de Estados árabes y musulmanes en la campaña para desalojar a los invasores. Salvo algunas excepciones, tuvieron un éxito importante. La decisión de mandar más tropas fue inicialmente impopular; una vez más se demostró que Bush había tomado la decisión correcta. Las encuestas le favorecieron ampliamente al iniciarse las acciones.

La OTAN también siguió al país líder; no obstante, no fue fácil desviar la atención de algunos de sus miembros hacia un tema extracontinental. Por una parte, era importante preservar la unidad de la alianza y, por otra, parecía la gran oportunidad de darle a ésta nuevas misiones aparte de las tradicionales. Como lo demostraría el desarrollo del conflicto, éste se convertiría en un nuevo test para probar la capacidad de adaptación a nuevas situaciones políticas. Francia y España, con tradicionales lazos en el mundo árabe, adoptaron una actitud más cuidadosa desde un comienzo, buscando dar todas las oportunidades a una salida pacífica. Gran Bretaña, con más experiencia y mejores conexiones en el Golfo, fue más determinada en su posición y no

se equivocó en su apreciación. Por su parte, tal como le anticipara Margaret Thatcher a George Bush, los franceses se comportarían díscolos hasta el final, pero una vez enfrentados a la necesidad de luchar, lo harían como el mejor.

La sorpresa más desagradable provino desde Alemania; sin la menor intención de luchar por un principio, tampoco lo hizo por defender intereses económicos propios. Como lo expresara un diplomático europeo acreditado en Bonn: "Después de haber gozado de cuarenta años de la protección de la OTAN, uno habría esperado que los alemanes hubieran respondido automáticamente con solidaridad hacia otro aliado en vez de argumentar pedantemente sobre legalismos".¹⁸ El caso de Japón también apuntó en la misma dirección; desde un comienzo se refugió en las prohibiciones constitucionales que impiden enviar fuerzas fuera del país. Otra línea de argumentación japonesa ha sido de que quien tuviera el petróleo deberá venderlo a los que desean comprarlo, y aunque el precio podría subir, ellos son los mejor preparados para resistir tal alza. La realidad es que, desde la perspectiva nipona, Estados Unidos es el menos preparado para un aumento en los costos de la energía, por tanto es razonable que fuera el más interesado en detener las depredaciones de Hussein. Las dos potencias derrotadas de la guerra mundial pasada, sin olvidar a quienes las obligaron a renunciar a roles mundiales, se sintieron satisfechas con aportar sólo recursos económicos sin tomar riesgos políticos.

Las estrategias militares de ambos bandos merecen comentarse en este contexto. Los objetivos políticos de amplio espectro de Estados Unidos requirieron de una cuidadosa planificación y coordinación de las acciones diplomáticas, económicas y militares. Conservar la Coalición, aislar internacionalmente al agresor, conseguir recursos económicos de quienes no deseaban tomar las armas y mantener a los gigantes socialistas al margen del centro de decisiones fue una tarea de proporciones. Convencidos el Presidente Bush y sus aliados cercanos de que sólo la fuerza haría retroceder a Hussein, debieron darles todas las oportunidades legítimas a las ofertas de solución pacífica que se presentaran o, al menos, aparentar que así lo hacían. La conducción de la crisis se tradujo, entonces, en avanzar por un camino que inevitablemente llevaba a la colisión armada, sin ofender a los pacifistas bien intencionados, y preparando al mismo tiempo el despliegue en el teatro de guerra para conseguir los objetivos político-estratégicos con el menor costo y con la mayor eficiencia.

¹⁸"Germany: Antiwar Ally", *Newsweek*, 4 febrero 1991, pp. 38-39.

Fue en este momento cuando las lecciones políticas aprendidas por los líderes occidentales en las dos difíciles décadas anteriores y las reformas introducidas en las fuerzas armadas de Estados Unidos, a raíz de la experiencia de Vietnam, dieron sus frutos. Los objetivos de la política seguían siendo supremos, pero los militares no serían obligados a luchar con limitaciones autoimpuestas, que complotaban contra la eficacia de su misión. Para ello el mando político requirió de claridad y determinación en la consecución de sus objetivos, los que debían ser realistas y alcanzables por los medios militares a su disposición. Los uniformados respondieron a la altura de lo esperado, realizando una campaña rápida, proporcionada, discriminante y poco costosa en vidas propias y de civiles del adversario. Las dos grandes estrategias producidas por la OTAN en la década previa se pusieron en práctica con pleno éxito, a pesar de todo el debate intelectual que provocaron en su tiempo. Esto es, la llamada Estrategia Marítima, consistente, entre otras cosas, en la concentración de flotas y convoyes de aprovisionamiento, tendiente a consolidar el bloqueo, a abastecer a las fuerzas propias y a preparar el asalto aeronaval y anfibio, y por otra, la batalla de maniobra aeroterrestre (*airland battle*), en profundidad, que demostró "ser más que un golpe de *knock out* militar", en el territorio adversario.¹⁹

Las fuerzas occidentales probaron la solidez de su dispositivo estratégico y, aunque la Guerra Fría terminó, queda la satisfacción de que los recursos destinados en defensa habían sido bien invertidos. Los aparatos militares de los principales aliados europeos de Estados Unidos actuaron a la altura de lo esperado. De acuerdo a declaraciones del general Schwartzkopf, los aliados británicos cumplieron un trabajo "absolutamente magnífico", destruyendo concentraciones de tanques iraquíes sin perder ni uno propio. Del mismo modo, comentaristas estadounidenses apodaron con admiración con el nombre del "tren ultrarrápido" a la 6ª División Blindada Liviana

¹⁹"A Partnership to Remember", *Time International*, 27 febrero 1991, pp. 31-32. Para los antecedentes y posteriores debates de la Estrategia Marítima y el concepto "airland battle", véanse James Watkins, "The Maritime Strategy", *Proceeding of the Naval Institute*, Suplemento, enero (1986); John Mearsheimer "A Strategic Misstep: The Maritime Strategy and Deterrence in Europe", y Linton Brooks, "Naval Power and National Security: the Case for the Maritime Strategy", *International Security* (1986) Vol. 11(2): 3-88; James Nathan, "The future of the US Maritime Strategy", *The Journal of Strategic Studies* (1988) Vol. 11(4): 468-491; John Romjue, "Airland Battle: the Historical Perspective", *Military Review* (1986), Vol. 64(3): 52-55; William Walker, "The Deep Battle", *Army* (1986) Vol. 36(7): 26-35; Stephen Ripe, "An Army and Air Force Issue: Principles and Procedures for Airland Warfare", *Air University Review* (1986), Vol. 37(4): 60-69.

francesa, que en menos de dos días avanzó 170 km al interior de Irak y capturó en 36 horas más prisioneros que su propia dotación.²⁰ Aparte del decepcionante comportamiento de las tropas y del mando iraquí, la calidad del -algo anticuado- armamento de origen soviético dejó bastante que desear. En relación a esto y a la estrategia aliada, el Estado Mayor General soviético debe estar sacando sus propias cuentas.

Otra lección dejada por el conflicto fue la estrecha relación que debe haber entre los medios militares y su modo de empleo y los objetivos políticos. Saddam Hussein preparó una máquina militar magnífica en apariencia, pero que no sólo mostró su ineffectividad práctica, sino que le exigió cumplir objetivos político-estratégicos inalcanzables una vez que el Consejo de Seguridad autorizó a los miembros de la Coalición a emplear la fuerza si era necesario. La anexión de Kuwait implicó un paso que le comprometía a defender por la fuerza el territorio incorporado. El éxito de la estrategia aliada fue respaldado por una cuidadosa evaluación de las posibilidades de triunfar, de mantener el conflicto limitado y lejos de los centros poblados de los países árabes aliados, de discriminar entre blancos militares y civiles en Irak, en fin, de no sacrificar ninguna posibilidad militar en aras de una ventaja política de dudoso significado.

Las doctrinas estratégicas trascienden las épocas y lugares. Caben pocas dudas de que el alto mando iraquí estaba familiarizado con la noción de "bombardeo estratégico", concepto desarrollado en el período de interguerras en Europa, particularmente por la llamada "escuela italiana". Su base lógica fundamental consistía en que, debido al pánico y sufrimiento producido, los ciudadanos demandarían de su propio gobierno la rendición inmediata ante el agresor. La adquisición de los misiles Scud de procedencia soviética y su posterior empleo exitoso contra ciudades, en la guerra Irán-Irak, se inscribe en esta línea de pensamiento. Estos misiles son una copia más o menos mejorada de la antigua bomba voladora alemana V-2; su principal objeto es también el mismo: atacar población civil concentrada.

La idea de agredir con misiles a Israel, para obligarle a entrar en la guerra y desbaratar la Coalición, era diabólicamente genial. Aunque Irak poseía bastante más plataformas de lanzamiento -200 en vez de 40- que las estimaciones occidentales, no fue capaz de lanzar andanadas suficientemente numerosas para saturar las defensas facilitadas por los Estados Unidos y provocar la temida reacción. En ninguna noche pudo activar más de diez

²⁰*Newsweek*, 4 febrero 1991, p. 32.

misiles y la tendencia fue a declinar en el número y efectividad, aparte de que los posteriores lanzamientos sobre Arabia constituyeron más bien una diversión de esfuerzos, lo que hizo aún menos probable el éxito de la misión. Faltó cantidad de misiles, adecuada protección de sus plataformas, persistencia en el objetivo y, lo más importante, careció de toda legitimidad el hecho de atacar a civiles de un país neutral. La opción misilística de Saddam no sólo fue un fracaso operacional y político-estratégico, sino también dio oportunidad para mostrar la verdadera estatura moral del líder iraquí.

Efectos sobre el sistema internacional

Habrán quienes mejorarán su posición internacional como consecuencia del conflicto. Egipto resultó inmediatamente favorecido con la condonación de su deuda militar con los Estados Unidos. Los británicos reafirmaron su reputación de aliados confiables, lo mismo que -en otra escala- franceses, italianos y españoles. India, muy atenta a los cambiantes vientos de la política mundial, se congració con Washington a relativamente bajo costo; lo mismo hizo Argentina. Así, dos tradicionales sostenedores de las políticas del Movimiento No Alineado han reconocido de facto que, para cualquier efecto práctico, ese movimiento está muerto. Turquía mejoró su estatura relativa dentro de la alianza atlántica, demostrando ser un aliado confiable en el flanco sur. Israel, a pesar de que su sacrificio fue bastante grande, salió compensado económicamente y en buenas condiciones para contar con el apoyo de Washington en futuras negociaciones en torno a la cuestión palestina. También hubo perdedores, absolutos y relativos. Irak, Jordania y la OLP destacan en primera línea, con diversos grados de infortunio. Hay otros casos menos evidentes aunque no menos reales. La URSS y China perdieron mucho de la poca influencia y prestigio remanentes que gozaban en la región y el Tercer Mundo. Los países árabes del Norte de África experimentaron creciente inestabilidad fundamentalista que pesará en la permanencia de sus regímenes. Y finalmente la incapacidad para advertir el peligro sobre un importante principio de convivencia internacional de parte de algunos países periféricos les hizo dudar y apoyar tibiamente el mandato emanado del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Es el caso de naciones como Brasil y Chile, que siendo dependientes del cumplimiento del derecho internacional y también de las importaciones de crudo, prefirieron marginarse de participar en las medidas que efectivamente cuentan en este tipo de situaciones.

En una dimensión más amplia, este conflicto sirvió de apropiado escenario de fondo para el eclipse del bloque oriental. Mientras los soviéticos luchaban en el frente interno para poner límite a la oleada independentista en las repúblicas del Báltico y del Cáucaso, los fracasos de su diplomacia demostraban los estrechos límites de su poder e influencia para persuadir y ulteriormente salvar de su destino a un antiguo aliado y cliente en el Golfo. La declinación político-militar soviética no solo quedó de manifiesto por su falta de voluntad para correr riesgos e intervenir, sino también porque gran parte de su atención en esas semanas estuvo centrada en las difíciles negociaciones sostenidas con los países del Este europeo que reclamaban la pronta retirada de las tropas del Kremlin estacionadas en sus territorios. Es casi dramático que el mismo día en que la Coalición iniciaba su ataque terrestre contra Irak, los miembros del Pacto de Varsovia se reunían en Budapest para disolver esa alianza militar.

La desaparición del bloque socialista y la declinación soviética han dejado a la OTAN sin su razón de ser original. La alianza atlántica ha manifestado que no se disolverá y que continuará con su papel de dar estabilidad al continente europeo. Un factor importante ha sido la reciente unificación alemana, que trajo consigo la emergencia de antiguas sospechas de dominación teutónica en la región. Los inminentes cambios en su estructura de fuerzas estacionadas en la península europea indican claramente que las operaciones "fuera de área" pasarán a ser una misión importante dentro de la alianza. El conflicto del Golfo demostró la utilidad del bloque occidental para ejercer labores de "policía internacional" fuera del área de su jurisdicción original. De su labor pasada de contención del bloque oriental, se puede prever que los líderes del mundo occidental han pasado a asignarle a la OTAN otro rol central: guardián del Nuevo Orden Internacional.

Además, esta guerra en el Golfo mostró dos importantes tendencias a nivel global. Primero, que la diferencias entre los potenciales militares entre las grandes potencias y las potencias regionales se han estrechado. La "Diplomacia de las Cañoneras" de principios de siglo, practicada por las potencias dominantes, indicaba con su nombre el nivel de los medios necesarios para subyugar a una nación periférica. Bastaban unas pocas naves ligeramente armadas para poner en su sitio a algún gobierno no europeo que no cumpliera con lo acordado con una gran potencia o atropellara los derechos de ella. Aun esto fue posible en las décadas de los años cuarenta y cincuenta. Ya en 1982 Gran Bretaña debió arriesgar casi toda su flota de superficie y comprometer a todas sus fuerzas especiales para someter una pequeña parte del poderío argentino en un archipiélago relativamente separado del continente sud-

americano. Esta situación ha cambiado radicalmente; para reducir a las fuerzas de Saddam la principal potencia del mundo debió emplear el 75 por ciento de su aviación táctica, la mitad de su poder naval de superficie y el 35 por ciento de sus efectivos terrestres. Potencias secundarias como Francia y Gran Bretaña por sí solas simplemente no hubieran podido hacerlo.

Lo anterior trae consigo otra importante consecuencia: los cálculos estratégicos norteamericanos que suponían la mantención de niveles de fuerzas necesarios para luchar "dos y media guerras" y controlar dos océanos de tres, han sido largamente superados. La declinación político-militar soviética implica un importante respiro para los crecientes costos de la seguridad de Occidente, pero la cantidad de fuerzas posibles de mantener por Washington y la OTAN para continuar con su rol de guardianes del orden mundial serán cada día menores en términos relativos. En la actualidad Estados Unidos no posee submarinos convencionales en sus flotas y depende enteramente de los de sus aliados (OTAN, ANZUS y Japón) para enfrentar los 150 que posee la Unión Soviética, y a esto se debe agregar que los países del Tercer Mundo poseen un número equivalente de submarinos convencionales de tercera generación. La correlación en el aire no es mejor: por ejemplo, las fuerzas aéreas del Medio Oriente poseen conjuntamente tantos aviones de combate como las de los países europeos de la OTAN. Aparte de Irak, han emergido gigantes regionales -como India, Pakistán, Indonesia, Nigeria, Sudáfrica y Brasil- que serían difíciles reducir por la fuerza con recursos limitados. Hacer labores eficientes de vigilancia o intentar reducir por la fuerza a transgresores de cierto tamaño será crecientemente costoso. Esto acarrea una conclusión internacional adicional, aunque largamente conocida por las policías del mundo: no es posible mantener el orden en ninguna sociedad si un número significativo de sus miembros transgrede las normas.

Si la OTAN proyecta su futura existencia como un agente de la seguridad mundial, entonces deberá buscar, necesariamente, la colaboración activa del resto de la comunidad internacional, en caso contrario su gestión será más bien vista como un afán del dominio hegemónico occidental. El Nuevo Orden Internacional delineado por George Bush no podrá ser un marco de legitimidad unilateralmente impuesto por Estados Unidos y sus aliados más estrechos, sino que tendrá que ser diseñado por una concurrencia más amplia de naciones.

Conclusión

Las medidas de escalamiento de la Coalición durante la evolución de la crisis del Golfo probaron ser inicialmente impopulares. La violencia Inter-

nacional anticipada y publicitada tiende a producir estados de irritabilidad y depresión en las personas. Por un momento, sectores importantes del mundo occidental sufrieron ese efecto e intentaron sustraer a sus gobernantes de la tarea de enfrentar al invasor de un país pequeño. Circunstancias excepcionales permitieron que un grupo de naciones, con el apoyo del voto mayoritario de las Naciones Unidas y sin la oposición de ninguna gran potencia, restableciera el *statu quo ante* y de paso alterara la ecuación estratégica en el Medio Oriente. La guerra contra Irak permitió, de paso, confirmar una determinada estructura -cuasi unipolar- de poder en la cúspide del sistema internacional.

El sistema de legitimidad creado en San Francisco en 1945 operó en términos bastante similares a los previstos por sus fundadores. La previa estructura bipolar del sistema internacional había impedido que este esquema funcionara en los momentos de crisis, puesto que, en las disputas relevantes, la URSS y los EE.UU., con sus respectivos aliados, se encontraron siempre en posiciones discrepantes. Este no fue el caso en agosto de 1990, en el Golfo Pérsico. La participación de las diferentes potencias fue necesariamente distinta, al haber intereses dispares que defender frente a la crisis. Así, Estados Unidos, algunos de sus aliados europeos, más un grupo de Estados árabes y otras pocas naciones actuaron de acuerdo a la autorización del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. El mandato del Consejo no implicó que los coaligados lo siguieran estrictamente pues había margen para interpretar, y tampoco se pudo impedir que cada país persiguiera sus propios objetivos. Es más, los objetivos de la ONU fueron posibles de lograr gracias a que hubo importantes naciones que visualizaron que al defender los valores de la comunidad internacional, protegían sus propios intereses.

A la cabeza de la coalición de naciones estuvieron quienes más ganan con el sistema legal imperante y también quienes más arriesgaban -en la región- si ese marco de legitimidad no era respetado. Los valores e ideales defendidos por Estados Unidos y sus aliados en el Golfo son, ciertamente, loables, pero también la necesidad de autoafirmación, la búsqueda de prestigio, el acceso a la energía barata y la voluntad de liderar el sistema internacional fueron importantes motores de la gestión del Presidente George Bush y su gobierno durante la crisis. Esta guerra ha servido para reafirmar una estructura de poder internacional dominado por las potencias occidentales con Estados Unidos como líder indiscutido.

Finalmente, el conflicto del Golfo muestra una vez más un tema recurrente -y no siempre debidamente asimilado- en el estudio e interpretación de las relaciones internacionales: las naciones recurren a la fuerza o a

la amenaza de su uso para obtener objetivos políticos que han sido opuestos por otras. No existe guerra si no hay dos voluntades dispuestas a emplear el poder militar. Entonces, tal como señalara Anatol Rapoport, en su estudio sobre Clausewitz, mientras exista un sistema internacional organizado en torno a Estados, entre el amplio repertorio de instrumentos que ellos disponen, la guerra continuará siendo un instrumento racional, *funcional* y *nacional* de sus políticas. □